

vista en tal manera circuidos de luz, con sus aureolas de mártires en la frente, que no osamos decirles todos los acerbos juicios formados por la imparcial historia sobre sus personas y sobre sus actos. Pero había razones fundadísimas para la grande irritación que reinaba contra la institución monárquica y contra la vieja dinastía. Si la miseria del pueblo, su ignorancia, los límites arbitrarios señalados á la actividad de su trabajo, la venta de oficios, la amortización del suelo estéril, la esclavitud de la conciencia muda, las corveas que era necesario pagar á los nobles, los diezmos á la iglesia, las guerras sin motivo y sin excusa condenaban la institución monárquica; la estrechez de ánimo del Rey, la soberbia y la ligereza de la Reina, su desconocimiento del estado de los reinos y del progreso de las ideas, su implacable saña contra el pueblo, su resistencia ciega á todas las reformas, su apoyo á un clero que embrutecía á los hombres, su culto á una nobleza reaccionaria que conspiraba contra todas las libertades, el alimento dado desde palacio á la guerra civil que desgarraba las entrañas de Francia, las esperanzas á los emigrados que mendigaban por doquier bayonetas para asestarlas al corazón de su patria, la imprudentísima fuga para ir á ponerse al frente de los ejércitos extranjeros, la intervencion pedida, reclamada, impuesta por ellos mismos, intervencion que inmolaba tantos franceses y amenazaba con destruir la nacionalidad y desmembrar su sacro suelo; todas estas faltas, todos estos errores, todos estos crímenes explican el vértigo que se había apoderado de las conciencias más serenas, y el odio en que habían caído hasta los corazones más generosos contra aquellos desdichados monarcas. Así, cuando en la hora de decretar el supremo castigo, algunos diputados votaban por la vida eran silbados, insultados, conspuídos, en tanto que eran aclamados los diputados favorables á la aplicación rigorosa ó inmediata de la pena de

muerte por aquellas muchedumbres, ébrias de exaltadísima cólera. Sin embargo, un diputado de la Convencion, un príncipe de la sangre, un nieto de Luis XIV, uno de los Borbones, deja su asiento, pasa entre los convencionales, sube á la tribuna solemnemente acompañado de sepulcral silencio, seguido de todas las miradas, que quisieran escudriñar cómo iba á votar en tan extremo trance aquel hombre, ligado por tantos lazos de la naturaleza, de la sociedad y de la historia con el régio reo. Y el duque de Orleans, erguida la frente, serenos los ojos, entera la voz, firme el acento, mirando al pueblo de las tribunas, como si reclamara la tempestuosa nube de vítores homicidas y de rabiosos aplausos, arrojada como alfombra triunfal á los pies de los diputados más implacables, vota secamente por la muerte, y por la muerte inmediata. Un grito de reprobación, de horror, escapado de todos aquellos pechos, siguió al abominable voto, porque la voz de la naturaleza humana apagaba hasta en aquellas conciencias terroristas el estampido de la pasión política. Estaba visto, un hombre que hería así las más secretas fibras del corazón, no podía reinar jamás en los corazones franceses. Creedlo, y si llego á las Cortes, lo repetiré como ahora lo digo, creedlo; no puede impunemente herir ningun mortal, por elevado que sea, los sentimientos más arraigados en nuestro sér. Y los españoles, sobre todo los liberales de la guerra civil, monumentos vivos de nuestras titánicas luchas con el mónstruo llamado absolutismo, no comprenderán jamás cómo aquellas dos niñas, hijas de la misma madre, nacidas bajo el mismo techo que aparecian juntas en la cuna y en el trono, que con sus sonrisas de ángeles los fortificaban para la pelea y con sus inocentes manos los bendecian despues del combate; iris de paz en medio de las trombas de lágrimas y sangre, cómo aquellas dos niñas cayeran tan bajo, se degradaran tan profundamente que la una fuese capaz de le-

vantarse, furiosa de ambición y de envidia, como la esposa de Macbeth, para ahogar ó para destronar á la otra: eso es incomprendible á nuestra inteligencia y repugnante corazón de nuestro pueblo. No pidais, pues, que premie con una corona actos que en su concepto solo merecen un castigo.»

De cualquier manera la revolucion estaba completa y definitivamente consumada. Cuatro grandes intentos se habían malogrado y perdido: 1.º la sublevación militar de Prim; 2.º la sublevación semi-pópular y semi-militar del 22 de Junio en Madrid; 3.º, los levantamientos populares de Granada, Barcelona y otros pueblos; 4.º, el envío de los generales y de los jefes emigrados allende la frontera, que si bien suscitó algunos movimientos, reunió algunas gentes, levantando partidas en Cataluña y componiendo en la republicana provincia de Huesca huestes que llegaron á dar una batalla, donde murió el capitán general de Aragón; deshízose al cabo como ardiente y pasajera tempestad de verano. Se necesitaba un concurso mayor de voluntades, una conjunción más de ideas, una suma de fuerzas para intentar con arrojo y conseguir con éxito verdadera revolucion. Con motivo de las maniobras de los duques de Montpensier, fueron segunda vez deportados los generales más influyentes de la union liberal y perseguidos los hombres civiles más importantes. Esta conducta de la corte trajo, como era natural, un pacto entre todos los partidos liberales, entre los emigrados progresistas que capitaneaba el general Prim, los perseguidos conservadores que capitaneaba el general Serrano, y los errantes jefes de la democracia que ora se ocultaban, ora reaparecian en Madrid. Las bases fundamentales de este pacto fueron dos: primera, destitución de la dinastía; segunda, llamamiento de Cortes Constituyentes. Un día *La Iberia*, órgano de los progresistas, anunció de la manera más solemne y en las frases más exaltadas que la inteligencia entre las diversas fraccio-

nes del gran partido liberal podía darse por resuelta, su programa por redactado, y por irrevocables sus resoluciones. Semejante anuncio no hizo más que exacerbar la cólera de la corte y agravar las tribulaciones de los perseguidos. Los gobernantes buscaron á porfía medios de resistencia. Pero la muerte del general Narvaez vino á quitar nervio á los partidos conservadores y fuerza á la dinastía. Los que veían más claro desde las alturas del poder la nube que avanzaba por el horizonte, inquietos, desasosegados, presintiendo días de adversidad y de duelo, aconsejaban que se cambiara el ministerio Gonzalez Brabo por un ministerio Concha, resuelto á una política de tolerancia, la cual trajera los partidos liberales á la legalidad y evitara el estallido de la revolucion. La Reina había convenido casi en estas soluciones, pero con la natural indolencia española dejábalas para el otoño, sin considerar que siempre resultó entre nosotros el verano como estación propicia, tanto á las tempestades materiales cuanto á las tempestades políticas. Despues de los baños de mar quería modificar la situación, cuando despues de los baños de mar todo estaria absolutamente perdido. Gonzalez Brabo, deseoso de conservar su disputado poder, sostenia las esperanzas de la Reina en el proyecto fantástico de una alianza estrecha con la familia de Bonaparte, sin aliados en el mundo, sin amigos, corriendo por derroteros más ensangrentados y por aventuras más tristes aún al mismo definitivo ocaso que la familia de Borbon, pues la estrella de las monarquías se eclipsaba en el cielo, porque la religion de las monarquías se apagaba en la conciencia. España, notadlo bien, tiene súbitos despertamientos, magnéticas influencias en las épocas decisivas de la historia. Ella detuvo á principios del siglo décimotercio la invasión africana en Europa y llevó á fines del siglo décimoquinto el espíritu europeo á la misteriosa América. Ella evitó en Lepanto la invasión del Asia, con que nos

amenazaban las poderosas escuadras turcas. Ella con Francia inició en el Norte el derecho de América á la independencia que debia combatir pocos años despues por ineludible fatalidad política. Ella enseñó con su formidable guerra de la independencia á vencer la táctica hasta entonces invencible del génio de la conquista. Si en aquel momento, cuando el dia de las pavorosas soluciones se acercaba, cuando la guerra tronaba, cuando los combatientes se apercebían, cuando Italia vacilaba en la incertidumbre, alzabase España saltando en medio de tantos déspotas como se creían seguros en sus tronos y autorizados para intentarlo todo, el génio de la revolucion republicana, era seguro que muchos cálculos de la diplomacia se desbaratarían, muchos pueblos muertos se alzarían de sus sepuleros, y muchos verdugos con corona caerían de sus eminentes cadalsos llamados tronos, donde guillotinan la justicia y desangran á la humanidad para que se debilite y no tenga las fuerzas necesarias á recobrar sus derechos. Por de pronto una revolución española muy radical, muy vigorosa, obligaba á Napoleon á guarnecer su frontera de Occidente. Y con un ejército de observacion necesario al Mediodía, con otro cuerpo de ejército en Roma, no podría intentar de ninguna suerte la guerra con Prusia. Despues nosotros apoyariamos con todas nuestras fuerzas, con el derecho que nos daba nuestro título de potencia meridional y potencia mediterránea, la evacuacion de Roma por el ejército francés. Esta actitud de España, de un pueblo contado entre los pueblos reaccionarios, y por consecuencia, entre los pueblos muertos, cambiaria completamente la gravitacion de la política europea.

Ignoro cuál de las dos la queria; mas indudablemente se trata de una alianza entre los Borbones de España y los Bonapartes. Las dos córtes creían tener los mismos enemigos que combatir: el orleanismo y el republicanismo. Habia entre ambas familias

antipatías de raza, antipatías de sangre, antipatías de origen, antipatías de historia, antipatías de carácter; pero todas vencibles por intereses comunes y ante la presencia de un comun enemigo. Sin embargo, yo no conozco nada más fatal á los Borbones que la amistad de los Bonapartes; ni nada más fatal á los Bonapartes que la amistad de los Borbones. Las leyes misteriosas de la historia han dado á esas familias destinos opuestos, y por lo mismo las han revestido con facultades contradictorias que les sirvan como instrumentos para combatirse mutuamente. Godoy creyó salvar el trono de Carlos IV abrigándolo bajo el manto de Napoleon I. Tal vez creía Gonzalez Brabo salvar el trono de Isabel II abrigándolo bajo el manto desgarrado ya de Napoleon III. Lo cierto es que la Reina fué á San Sebastian y el emperador Napoleon á Biarritz, y que allí convinieron en el dia y hora de una entrevista que debia celebrarse bajo nuestra bandera, en nuestro territorio. Ya estaba todo preparado, convenido el ceremonial, señalado el camino, arreglado el palacio de San Sebastian, anunciadas las tropas que debían concurrir á la carrera, convenidos dia y hora, encargados los festejos, cuando de pronto anuncia el telégrafo que la escuadra española se ha sublevado en Cádiz, la escuadra que jamás participó de nuestras revoluciones. La alianza proyectada no habia hecho más que atraer sobre el trono con mayor celeridad el rayo de tremendo, irremisible castigo. La sorpresa en palacio fué grande, la pena mayor, la extrañeza extraordinaria: todo lo temían ménos que la marina se sublevase. La entrevista se suspendió sin que el Emperador dejara de comprender el mal que le habia traído y la situacion por extremo ridícula en que le habia puesto proyectar una alianza y una entrevista con Reina cuyo trono estaba materialmente en el suelo.

Bien urdida fué aquella conspiracion. El cuerpo de la marina real, como se decia entonces, participaba de las ideas más liberales

por su larga ilustrada carrera, por sus numerosos viajes, por el trato con gentes de todas las zonas que abre el espíritu á la visita de todas las ideas, por el espectáculo diario de los pueblos republicanos asentados en las riberas del Nuevo Mundo; por el mar, cuyos horizontes infinitos, cuya luz reverberada por las aguas, cuyas olas ceñidas de espumas, cuyas tormentas y tempestades, cuya vida, en fin, se asemeja mucho á la vida agitada y sublime de la libertad. Dificilmente podía ver un cuerpo así esclava la patria sin decidirse á redimirla. Contribuyó mucho á que la marina tomara aquella gran resolucion, el influjo poderosísimo, casi incontestable del duque de Montpensier. Un vapor fletado en los puertos españoles se dirigió á Canarias y pudo recoger al general Serrano con todos sus compañeros de destierro, excepto Dulce, á quien grave dolencia retenia postrado en la isla. Otro buque, fletado en Inglaterra, traía á Prim de Lóndres á Gibraltar, de Gibraltar á la bahía de Cádiz. Malcampo aportó otro gran buque á la insurreccion. Y el viento que arrulló la bandera, donde estaban escritos nuestros derechos, arrancó la corona á las sienas del último representante de la monarquía tradicional, y tronchó el trono, aquella poderosa encina de quince siglos, á cuya sombra se habia formado la nacionalidad española, pero por cuyas fibras no corría ya la sávia vivificadora de la idea.

La revolucion estaba materialmente comenzada, pero moralmente hecha. Era como un monton de pólvora al cual bastaba aplicar una chispa imperceptible para que saltara en explosion gigantesca. La ciudad de Cádiz abrió sus puertas á los marinos insurrectos, y la revolucion pasó á tierra firme, pisando el suelo sagrado, que bendecirán todas las generaciones, porque así como la gruta de Covadonga fué la cuna de la regeneracion de nuestra patria, la bahía gaditana es la cuna en 1812 de la regeneracion de esa otra patria del alma de la libertad. A Cádiz siguió bien

B.

pronto Sevilla. El capitán general de esta ciudad, Sr. Izquierdo, aportó al movimiento las fuerzas de la guarnicion, y la junta que allí se instalara le dió un alma porque le dió una ideal, proclamando los derechos naturales del hombre y resumiéndolos en el programa democrático. Málaga siguió el impulso, y sus milicianos improvisados, y sus tropas enardecidas por el espíritu revolucionario de aquella poblacion, corrieron al combate. Impacientáronse los alicantinos y sacudieron su opresion antes aun del tiempo convenido, prematuro esfuerzo que les trajo grande, pero honrosa derrota; holocausto sublime, siquier fuese innecesario, ofrecido en los altares de la libertad. Pero en Santander la batalla fué horrible, la jornada sangrienta, las barricadas defendidas con heroismo y atacadas con empuje; cuerpo á cuerpo, de calle en calle, sostenian aquellos ciudadanos la libertad; castigados bárbaramente por sus crueles enemigos, que llenaron con nuevos mártires el calendario de nuestros progresos. Alcoy se sublevó tambien, y tambien presenció sangrientas luchas. Pero el pueblo de Béjar puso más alta que ningun otro la bandera de nuestros derechos, por el arrojo con que supo enarbolarla y el empeño con que supo defenderla, hasta elevar su revolucion á una especie de guerra en las calles, guerra concluida con memorable victoria.

¿Cómo se defendía la córte que tanto nos provocara? Tarde, muy tarde conoció Gonzalez Brabo la necesidad de cambiar la política y poner al frente del gobierno un general de inteligencia y de empuje. Presentada su dimision sin que precaviera el desastre, ni empleara ningun recurso para evitarlo, dejó al general D. José de la Concha, hombre de ánimo sereno y clara inteligencia, el trabajo verdaderamente imposible de contrastarla y de vencerla. Concha recogió todos los poderes, tomó el camino de Madrid despues de haber jurado su cargo en manos de la Reina, llegó entre el estupor de unos y las amena-

10

zas de otros y la agitación de todos á la córte, comprendió lo grave del peligro y lo difícil del remedio, nombró á su ilustre hermano general de las fuerzas de las dos Castillas, á Pezuela general de las fuerzas de Aragon y Cataluña, y al marqués de Novaliches le encomendó la persecucion de los sublevados en la ya completamente emancipada Andalucía. Los sublevados á su vez congregaron todo el ejército de Andalucía y todas las milicias que suministraban las juntas bajo la bandera revolucionaria, y al mando de Serrano, expidiendo una parte de la escuadra con Prim á su cabeza á que fuese á levantar Valencia y Cataluña.

No hubo remedio. Muy numeroso, muy disciplinado, quizá muy entusiasta era el ejército que mandaba el marqués de Novaliches. Saña rebotaba seguramente puesto que sacrificó á uno de los emisarios de la revolucion, al valeroso y desgraciado Ballino. El ilustre poeta Ayala que llevaba una cabaleresca y elocuente carta de Serrano, en la cual les pintaba el estado de Andalucía, el movimiento amenazador en toda España, la seguridad del triunfo de la revolucion y les invitaba á unir sus armas para salvar la libertad, no logró persuadirlos. Y la batalla se empeñó con furia, se prosiguió con heroismo, se ensangrentó con encarnizamiento y terminó por una espléndida victoria de la revolucion. Y las compuertas de la resistencia desgajadas, el torrente revolucionario se precipitó con ímpetu por todas partes. Y el manifiesto de Cádiz trazaba con severa palabra el cuadro de nuestros males, la clemencia muda, la prensa rota, las conquistas de la libertad malogradas, los pueblos siervos; la enseñanza perdida, las crisis resolviéndose por motivos que no podrán decirse en el santuario del hogar; volviendo por la honra nacional, y asegurando á la nacion soberana de sí misma las revoluciones supremas en Córtes Constituyentes congregadas por sufragio universal, de sus futuros destinos que para siempre se

apartaban de la vieja dinastía, y se confundían para siempre con la libertad y con la democracia.

Aun pudo resistir el Conde de Cheste en Cataluña, puesto que tenia de quince á diez y ocho mil hombres; pero conoció que era inútil, y se marchó dejando la poblacion entregada á una junta compuesta de representantes de todo el partido liberal. Aun pudo resistir el general Concha en Madrid, puesto que la guarnicion le era fiel, pero Madrid estaba todo entero por la democracia y por la libertad. No tenia remedio. La noticia de la victoria de Alcolea se difunde por toda la antigua córte, los grupos salen á la calle, los gritos de abajo la dinastía resuenan en los aires; algunos hombres audaces suben por los balcones al ministerio de la Gobernacion y á la casa de Ayuntamiento, llamando á grandes voces á la reunion de la Junta; otros van al Parque y arman como por encanto al pueblo; los rótulos donde estaban escritos títulos ó grabados blasones de la casa real desaparecen; las coronas caen á redoblados martillazos; fórmulas expresivas del horror que causaban los Borbones, aparecen por toda la poblacion; las tropas, que fraternizan con el pueblo, se arrancan de los uniformes las cifras del nombre de la Reina; loco entusiasmo se apodera de todos los corazones; repican las campanas echadas al vuelo, suenan las músicas recorriendo las calles; los balcones se ornan por el dia de colgaduras, y por la noche de iluminarias; oradores populares convierten las esquinas en tribunas donde resplandecen toda suerte de ideas; las nuevas juntas se instalan y á su vez instalan el gobierno; y todo muestra la alegría embriagadora de un pueblo que ha roto su triste sudario y ha vuelto radiante á recobrar la libertad y la vida.

La Reina Isabel, que habia tenido tantos cortesanos, tuvo en verdad, pocos defensores. Sola, aislada, recibiendo noticias cada vez más adversas, no encontraba en su mente medio alguno de salvar el trono de su raza y

la herencia de su hijo. En 1854, una proclama lanzada á tiempo, cuando las balas del pueblo llegaban á los patios del palacio; una confesion pública de antiguos errores y algunas palabras sobre propósitos firmes de contricion y arrepentimiento; una súplica al general Espartero, cuyo nombre aplacó el oleaje de las pasiones revolucionarias; una convocacion de Córtes Constituyentes bajo la égida del partido progresista, pudieron salvarla; pero en 1868 todos estos expedientes aparecian como gastados é inútiles, todos los más populares personajes como impotentes para salvar el prestigio de una dinastía en la conciencia pública de antiguo destronada; y ni siquiera bastaba el supremo recurso de una abdicacion, porque el espíritu público queria con ardor un destronamiento. La Reina mandó emisarios á Napoleon III, para referirle verbalmente sus penas y demandarle algun auxilio; la Emperatriz se interesó mucho por la suerte de la que un dia fuera su señora, y trabajó con ahinco para que el Emperador se moviese á tomar algun partido, pero con buen consejo, y sábia inspiracion política, el Emperador, duramente aleccionado por la tragedia de Méjico, respondió á las obsesiones de su esposa que por maneras indirectas poco ya se podía hacer de eficaz, de pronto, y por medios directos, por una intervencion, Europa entera se sublevaria contra él, y Francia recordaria los desastres del primer Imperio, provinientes de haberse mezclado en las querellas de los reyes y en las revoluciones de los pueblos de España. La Reina volvió los ojos á los diputados vascos y les rogó que hicieran por su trono vacilante los mismos prodigios que habian hecho contra su trono naciente. Los vascos, bien inspirados entonces, le recordaron que el trono de Doña Isabel II, no habia sido nunca popular en aquellas montañas, y le dijeron que su deber estaba reducido á seguir y aceptar el gobierno de la península mientras no tocase á sus sagrados y venerandos fueros. Entre tantos ge-

nerales como habia nombrado, ninguno sacaba la espada para defenderla más que los oficialmente llamados cumplidores sin fé ni entusiasmo de un deber oficial; entre tantos republicanos como habia engrandecido, ninguno apareció capaz de esfuerzos y de sacrificios; entre tantos cortesanos como la habian rodeado, ninguno alzó la voz en su favor cuando tantas injurias llovian sobre su persona y sobre su nombre: la defeccion fué general, y la Reina se encontró sola frente á frente de sus innumerables víctimas, que incorporadas como por milagro de su servidumbre, le arrojaban al rostro los fragmentos de sus cadenas. A un amigo fiel, á un cortesano de la desgracia que la vió en aquellos momentos, le mostró para contestarle á la pregunta de como andaban los sucesos, su palacio enteramente abandonado, sus salones desiertos, por los cuales solo se veian pasar los criados abscondidos á la casa real, y solo se oian resonar los acompasados pasos de los centinelas.

Habia entregado los últimos restos de su poder en manos del general Concha; y el general Concha apenas podia nombrar un ministerio. El único político á quien consultó y nombró ministro fué al antiguo moderado Don Alejandro de Castro. Y D. Alejandro de Castro aceptó de manos de Concha un ministerio en aquella hora de la extrema agonía bajo la precisa condicion de que la Reina volviera inmediatamente desde San Sebastian á Madrid. Ruego á V. M., telegrafió el general Concha, que se ponga inmediatamente en camino para Madrid.» «Accediendo á tus deseos, respondió la Reina, vamos todos á Madrid.»—Vengan todos, añadió el general Concha, ménos el intendente de Palacio.» El Intendente de Palacio era el Sr. Marfori. Formóse la guardia, cubrieron las tropas la corta distancia que separaba el alojamiento de la Reina de la estacion del ferro-carril, bajaron SS. MM. la escalera y subieron al coche seguidos de sus hijos, acompañados de algunas damas y gentiles-hom-